

22. LAS PLAGAS DE EGIPTO

"Cantad a Jehová, porque en extremo se ha engrandecido." - Ex 15:21

En la mente de muchos, otra objeción a la idea de que Dios trata con sus criaturas solamente en amor se encuentra en los terribles juicios que cayeron sobre Egipto, por los que sus hijos fueron liberados de la esclavitud.

Se admite aquí que Dios amó a su propio pueblo, los israelitas, y obró poderosamente por su liberación; pero se piensa que sus tratos con los egipcios se caracterizaron únicamente por una ira y un furor desenfrenados. Los tales fallan en entender el significado de esas plagas, y también de las escrituras que dicen:

"Dad gracias al Dios de los dioses, porque es eterna su misericordia... A Aquel que hirió a Egipto en sus primogénitos; porque para siempre es su misericordia...y derribó al Faraón y a sus ejércitos en el Mar Rojo, porque es eterna su misericordia...Al que hirió a grandes reyes; porque es eterna su misericordia; y mató a reyes famosos, porque para siempre es su misericordia".

Es evidente que el salmista en la contemplación de estos mismos juicios de Dios quedó impresionado, no con su odio y su ira desenfrenada, sino más bien con la maravillosa resistencia de su amorosa misericordia. Tal será la actitud de nuestras mentes cuando también nosotros seamos guiados por el Espíritu divino hacia esa comunión con la Verdad, que nos hará también hombres según el corazón de Dios.

¿Cuál era el propósito de Dios en la liberación de Israel? - No sólo que fuesen salvos sino que, a través de ellos, Él pudiera ser revelado al mundo para alcanzar y salvar a todos los que podían ser salvados. El corazón del Padre anhelaba, como siempre, a todos sus hijos. Todo lo que dio a Israel fue "para nosotros" y para todo el mundo gentil. El más alto privilegio del pueblo judío, de haberlo alcanzado por una obediencia fiel, era simplemente ser el medio a través del cual todas las naciones serían bendecidas; y, de hecho, en cierto sentido, aunque no como hubiera podido ser, esto se realizará a pesar de su incredulidad, pues el plan de Dios nunca fracasa por nuestra falta de fe.

Los egipcios conocieron una vez al verdadero Dios, el Creador, y lo consideraban tan sagrado que no solo se negaban a pronunciar su nombre, sino que lo llamaban el Sagrado, el Auto existente, el Innombrable.

Aunque los egipcios habían recorrido el camino descendente desde la adoración de Dios al culto del sol, y del culto del sol al culto de las estrellas, y a las formas más bajas de adoración de la naturaleza, multiplicando sus dioses hasta que se convirtió en un proverbio que había más dioses en Egipto que hombres, pero el conocimiento de este Dios verdadero seguía existiendo como una creencia sombría, sostenida por la élite, los pocos educados. Estos consideraban a la multitud de dioses sólo como semidioses, o dioses menores, sin embargo los adoraban en lugar del supremo, porque creían la mentira del diablo, que el Creador estaba demasiado por encima de ellos y tenía de-

masiado que atender como para prestar atención a sus oraciones o a su adoración.

Cuando Dios envió a Moisés y Aarón al Faraón, dijo desde la zarza ardiente, "Así le dirás: YO SOY EL QUE SOY me ha enviado a ti;" Es decir, el Sagrado, Auto-existente, Innombrable en el que profesas creer, me ha enviado aquí para exigir que su pueblo, los israelitas sean liberados para que puedan ir a adorarlo. Faraón dijo: "¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz para dejar ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel."

En esto Faraón fue parcialmente honesto. No creía que este Dios supremo se preocupara por la adoración de los hombres, mucho menos que se preocupara por la adoración de aquellos esclavos hebreos.

El paganismo siempre atribuyó su éxito nacional a la grandeza de sus dioses guardianes. Así que al Faraón le parecía que si los israelitas tenían un Dios, era sólo el dios de los esclavos, y bajo el control de sus dioses, manteniendo con ellos la misma relación que el pueblo hebreo tenía con los egipcios. Para ellos, mientras estaban en esclavitud a los egipcios, el reclamar que su Dios era el Dios que incluso él admitía estar por encima de todo, era absurdo; es más, era una blasfemia contra los dioses de Egipto y, peor que eso, era una afirmación de su poder, y una demanda de su derecho de independencia del yugo egipcio. No es de extrañar que el Faraón aumentara sus cargas y aplicara el látigo, pensando en sacarles a latigazos semejante insensatez. Para él, el rey de Egipto, admitir la pretensión de estos esclavos de que su Dios, el dios que exigía su libertad era idéntico al Dios supremo de los dioses, al que consideraba por encima incluso de él, era admitir su derecho y poder de independencia, y su superioridad como raza en la estimación de Dios, hasta en lo que él reclamaba para los egipcios. ¡Con razón el altivo monarca se negó a admitir todo esto!

Pero cada acto de Dios en su trato con él desde este punto en adelante fue con el propósito de hacerle ver y admitir esta verdad; y no sólo a él, sino al mundo a través de él. Si el Faraón hubiera permanecido fiel a sí mismo y a la luz que Dios le reveló, podría haber perdido algunos esclavos, pero habría encontrado un Padre amoroso, donde antes sólo había creído de manera teórica en un dios severo, inamovible, indiferente e imperceptible. No es el único, que, al tener que decidir entre lo que se ve y lo que no se ve, lo temporal y lo eterno, se ha equivocado.

La primera señal que Moisés debía dar al Faraón tenía un significado maravilloso. Moisés bajó su vara y ésta se convirtió en una serpiente. Los magos hicieron lo mismo, o más bien por arte de magia hicieron parecer a la gente que hicieron lo mismo. Pero la serpiente que salió de la vara de Moisés devoró a las otras serpientes, y luego se convirtió de nuevo en una vara en su mano.

La serpiente en Egipto era considerada sagrada y adorada como un dios. Deificar reptiles y adorarlos es una de las formas más bajas de idolatría, el último paso en el camino descendente. Estos reptiles, desde que la serpiente tentó a Eva simbolizaban a Satanás, y su adoración era una adoración al diablo inspirada por el miedo. **En este acto, realizado con el poder de Dios y de acuerdo con su especial dirección Moisés demostró al Faraón que el Dios de los esclavos hebreos podía hacer y deshacer los dioses egipcios a su antojo.** Él podía crearlos y podía destruirlos, y por lo tanto él debía ser el Dios que incluso él admitía estar por encima de todo, el único que tenía el poder de triunfar sobre el mismo mal que ellos personificaban y adoraban por temor. En esto no sólo había una revelación del Dios verdadero, sino también una revelación del poder para triunfar sobre el pecado. Faraón vio la verdad, pero por orgullo y mundanalidad se negó a escucharla, y así su corazón se endureció.

Hay un proverbio antiguo y verdadero que dice: "Egipto es el regalo del Nilo". Del desbordamiento anual de este río dependía la maravillosa fertilidad del suelo, que de otro modo habría sido como el gran Sahara, completamente incapaz de sustentar la vida. Los egipcios, reconociendo este hecho, en lugar de dar gloria a Dios, personificaron y adoraron al río. Bebían de sus aguas con reverencia, creyendo que tenían el poder de curar enfermedades e impartir nueva vida. En sus orillas había un magnífico templo, donde estaba consagrada una colosal estatua del dios Nilo, a la que el rey y todos los nobles acudían a horas fijas para rendirle culto.

El Dios de los esclavos hebreos convirtió este río en sangre, haciéndolo mortal en lugar de dar vida. Los egipcios no podían beber de sus aguas, pues apestaban; y ni todos los poderes combinados de los dioses de Egipto podían restaurar el río a su estado anterior. Sólo el Dios de los hebreos podía restaurar el río, demostrando así que sólo a él se debía toda la reverencia y adoración que tontamente habían dado a su obra.

La rana también era un animal sagrado y los egipcios la veneraban con gran pompa. El Dios de los esclavos hebreos multiplicó las ranas hasta que se convirtieron en una plaga terrible y la tierra apestaba. El orgulloso Faraón tuvo que apelar al Dios de sus esclavos, para que los dioses de Egipto, que habían sido creados por él, fueran también destruidos por él, ya que no había poder en todas las deidades de Egipto para llevar a cabo este resultado tan deseado. Sin embargo, el Faraón se resistió a la verdad y endureció su corazón.

Por decreto de este mismo Dios omnipotente de los esclavos hebreos, el mismo polvo de Egipto se convirtió en piojos sobre todos los hombres en toda la tierra. Ahora el piojo era considerado impuro. Si tocaba a la persona, era necesario, entre los egipcios, como más tarde entre los judíos, un largo proceso de purificación antes de que el sacerdote pudiera officiar en el altar, o

que el ciudadano devoto se presentara allí aceptablemente para ofrecer sacrificios. Así, por decreto de Jehová, todos los templos de Egipto fueron cerrados y todos los santuarios quedaron desiertos por un tiempo. No había sacerdote que oficiara ni adorador que ofreciera sacrificios; todo aquel falso sistema de culto, con sus numerosos templos y sus multitudes de sacerdotes y sacerdotisas, y sus magníficos ceremoniales, existía solo por el permiso del supremo, que en su tierna misericordia buscaba conducir a todos hacia él.

En Egipto había una deidad cuyo deber especial era proteger la tierra del enjambre de moscas e insectos destructores que a veces la infestaban; y otra, a cuyo culto se atribuía el clima salubre y la ausencia de tormentas destructivas. A pesar de estas divinidades, y no obstante y a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para propiciarlos, al mandato del Dios de los hebreos, las moscas venían en enjambres con su venenoso aguijón, haciendo de la vida misma una carga; y a la misma orden los relámpagos destellaron, y los truenos rodaban por el suelo, mientras el terrible granizo destruía las cosechas y mataba a hombres y bestias que se encontraban desprotegidos en los campos. La plaga cayó sobre el ganado matando incluso al buey sagrado, centro del abominable y lascivo culto a Apis. El magnífico templo, el alarde de la arquitectura egipcia, fue dejado desierto, o lleno sólo con las silenciosas plañideras del dios muerto. Las trompetas de plata de los sacerdotes y los cantos de las doncellas que bailaban desnudas fueron silenciadas.

¡Qué revelación del hecho de que hay un Dios, y sólo uno! Ni en todo Egipto podía quedar un alma honesta y sincera engañada por la burla hueca de un politeísmo tan vil.

La adoración del sol era el centro mismo y el núcleo de la religión del estado. En diversas formas, concebido como poseedor de variados poderes, estaba a la cabeza de cada orden de dioses, y era personificado como el dios de dioses. Sin embargo, en orden del Dios que ahora exigía la libertad de los

pobres esclavos hebreos, la gloria de su supuesto supremo se desvaneció. Retiró su resplandor, y en Egipto había tinieblas que se podían sentir; pero en la tierra de Gosén, donde el Creador del sol era reconocido supremo, había luz.

Incluso en la muerte de los primogénitos, para que su pueblo pudiera ser liberado, si ellos no se hubiesen resistido a la luz hasta la perfecta ceguera, los egipcios podrían haber contemplado la revelación del Amor divino que no había retenido a su Primogénito, sí, a su Unigénito, sino que había permitido su muerte para que pudieran tener la liberación del poder de la muerte, a la vida eterna. Incluso esto no era tan difícil para ellos, pues el poder de la promesa original del Hijo divino sobre los corazones de la humanidad era atestiguado todavía, incluso en su religión, por muchas leyendas en las que se fabulaba que el sol literal desempeñaba el papel del Sol de justicia.

Una mayor condena de la idolatría y una revelación más grandiosa del verdadero Dios como el único omnipotente digno de adoración, no podía ser concebida por la mente humana. Sin embargo, Dios, en su misericordia, condescendió a decir así la verdad a las naciones antiguas, no a los egipcios solamente, para que conocieran a Israel, y la maravillosa liberación por el poder de su Dios se extendiera por toda la tierra hasta que el temor y el miedo a ellos se apoderara de todos los pueblos. A pesar de esta maravillosa revelación del poder de Dios, y del hecho de que el Dios supremo cuida de sus hijos, por lo que no hay excusa para la adoración de semidioses, podría decirse de los egipcios que "no se arrepintieron para darle gloria."

Sin embargo, hubo algunos que se arrepintieron, porque una multitud mixta de los egipcios eligió el lado de los israelitas y salieron con ellos. Qué maravilla que cuando fueron liberados con tan poderoso poder, y traídos a través del Mar Rojo en tierra seca, -- qué maravilla que cantaron una nueva canción, y canción de triunfo, diciendo: "Cantaré al Señor, porque ha triunfa-

do gloriosamente. . . El Señor es mi fuerza y mi cántico, y se ha convertido en mi salvación."

Quien contemple estas plagas a la luz verdadera, no verá en ellas ningún conflicto con la gran verdad de que Dios es amor; por el contrario, verá revelado en ellas un amor que siempre se cierne sobre nosotros, aunque sea en la prueba y en las tinieblas, aunque sea en la esclavitud y en la opresión; un amor que, al mismo tiempo que trata de llevarnos a la libertad y la alegría en la tierra del reposo que mana leche y miel, procura también revelarse a todos los demás de tal manera que también ellos, por medio de nuestra liberación encuentren a su libertador y su alegría suprema.



George Fifiield

Dios es Amor

El anciano Fifiield revela el tierno amor de un Padre y la naturaleza espiritual de la ley, la expiación y el plan de salvación.

Las ideas expresadas en este libro proporcionan un semillero de pensamiento para una verdadera comprensión del carácter de Dios

“Dios ama al dador alegre”
Si quiere colaborar con **NARDO PURO**,
Contáctenos al +54 9 3731 54-80

